

Antonio Machado y Rafael Alberti

La musicalidad-ritmo

Mario Javier Pacheco García

Contenido	3
Punto de partida	3
Contexto histórico y social	3
Contexto literario	4
Antonio Machado.	5
Acaso	5
Anoche cuando dormía...	7
Canciones a Guiomar	7
A un olmo seco	8
Yo escucho los cantos...	8
Rafael Alberti	9
El ángel ángel	9
El ángel de arena	9
El ángel bueno	10
El ángel de los números	10
El ángel del carbón	11
Si mi voz muriera en tierra...	11
El cuerpo deshabitado	12
Guerra a la guerra por la guerra. Vente...	12
Paraíso perdido (Haikus)	13

Machado y Alberti. Musicalidad-ritmo

Contexto histórico y social

Los finales y principios de siglo tienen una magia especial, que se impregna de melancolía por lo que suponemos dejar atrás y de expectativa por el devenir y, aunque entre las doce de la noche y las doce y cinco nada se transforma, todo cambia. El antes y después es tajante con los hitos y la historia enseñará como eran los humanos, literatura, arte, cultura, religión, industria etc., del siglo XIX, los del siglo XX y los del siglo XXI.

El siglo XIX fue épocas de conflictos en España, la mayoría de colonias se independizan y el gran imperio es profanado por Napoleón, quien puso a su hermano Pepe Botella o Pepe Plazuela, o Pepe Bonaparte en el trono de los españoles.

Meterse con el trono español era meterse con el alma, para los españoles, los reyes siempre han sido parte de su estructura sacra e inamovible, a pesar de los intentos reformistas como el Manifiesto de Manzanares en 1854, que pretendía una regeneración liberal, con un partido progresista que pedía ampliaciones en el derecho al sufragio, eliminación de algunos impuestos, restauración de la milicia y justicia para la corrupción cohonestada desde palacio.

En 1866 se firmó el pacto de Ostende, que pretendía derrocar a la reina Isabel II e instaurar un régimen republicano, o una nueva dinastía monárquica que respetara los principios de la revolución. Fruto de este movimiento es la Constitución de 1868, que establece la monarquía constitucional, con reconocimiento de la soberanía nacional, representada en el sistema bicameral de cámara y senado. Introdujo el sufragio universal masculino y la libertad de religión.

Llegó luego el caciquismo, durante la restauración borbónica entre 1874 y 1923, mediante el cual, los caciques, potentados de los pueblos, recogían los votos de campesinado y parroquianos, desobedecerlos era arriesgarse a sufrir daño físico. Los caciques hacían favores a cambio del voto, o los compraban en efectivo, un delito electoral, que en aquella época era costumbre habitual.

En las postrimerías del siglo el mundo empezó a moverse con motores de vapor, nuevos inventos maravillaban y las economías se afianzaron, haciendo más ricos a los ricos que pudieron dedicarse a excentricidades burguesas, en sus excedentes de tiempo y dinero, como las de comprar arte y literatura.

Contexto literario

La poesía del umbral del siglo XX llega vestida de paños pesados y oscuros, de capa y chambergo, con formas puristas y mensajes desgarradores llenos de histeria, de historias trágicas y espíritus solitarios e introvertidos que se aíslan para sufrir, impera en ella la miseria y la melancolía. El romanticismo es ampuloso y auspicia suicidios por amor. Emotividad antes que razón, es un lema que resucita el sino de los griegos con su carga fatalista. Una obra, escrita un siglo atrás, *Werther*, de Goethe, sigue generando muertos luego de su lectura.

De los griegos, los literatos del siglo XVIII y primera mitad del siglo XIX rescatan el elogio a la naturaleza, el estado de vida natural frente a la cotidianidad urbana y fatalismo griego, aunque rechazan la imposición formal de su literatura, se sumergen en el prerromanticismo, con puntas de lanza en Alemania, que lo fueron Schiller, Herder y Klinger, quienes reafirman que la historia universal, y en este caso la de la literatura, tiene forma de espiral, que todo es repetitivo con más o con menos. Ellos se apartaron levemente del pensamiento neoclásico y racionalista e incursionaron en la revaloración del sentimiento.

Es en este momento, faltando dos décadas para la muerte del XIX, que la literatura alimentada de tragedias y de la exacerbación de los sentimientos, es enfrentada por innovadores que en 1880 promulgan un arte refinado y estético, cosechado del parnasianismo y el simbolismo francés. Estos innovadores son los modernistas, poetas que en su gran mayoría contaban con formación universitaria, algunos en letras y literatura, y casi todos vinculados a la academia, desde la cual promulgaron y promocionaron sus ideas, sus sentires y sus estilos.

El modernismo señala el camino de la autonomía conceptual en la lírica para los países hispanoparlantes, por medio de varios autores que se liberan de las gruesas y ampulosas cortinas del romanticismo, de su descuido formal, y que además se aparta de algunas nuevas corrientes, renovadoras también en la prosa, corrientes que acogen el realismo y el naturalismo, características que los modernistas entienden como ramplonas, aunque sea seguido por prestigiosas plumas, como las de Balzac y Flaubert en Francia, Tolstoy y Turgenev en Rusia y George Eliot y Trollope en Inglaterra. En España, en 1849 irrumpió el realismo, con la novela realista *La gaviota*, escrita por Fernán Caballero y alcanza su cúspide con Benito Pérez Galdós y Leopoldo Alas, “Clarín”. Ellos claman por la representación sincera y fidedigna de la realidad y del individuo y su relación con la sociedad. Rechazan lo fantástico, lo sobrenatural y lo abstracto. A ellos se les oponen los líricos modernistas.

El modernismo siente el mundo de forma distinta y en la literatura bebe de la perfección formal del parnasianismo y del simbolismo, juega además con audacias en la métrica. Entre otras características, se encuentra la abstracción que del mundo hace el autor, para darle una connotación única, personal, individual y por ende subjetiva. El modernista busca la innovación en el lenguaje, la originalidad que sea universal, la sensualidad.

Dos generaciones de modernistas, separados tan solo por tres décadas, que se conocen como la del 98 y la del 27 marcaron territorio con su obra y la impusieron. Para este trabajo escogimos, de la generación del 98 a Antonio Machado, y de la generación del 27 a Rafael Alberti.

Antonio Machado,

Nacido en 1875 en Sevilla y muerto en Colliure el 22 de febrero de 1939. Doctor en Filosofía y letras. Desde niño tuvo cercanía con las letras, pues su padre Antonio, - “Demófilo”- escribía y publicaba sobre el folclor gallego y andaluz, su abuelo, también de nombre Antonio, fue médico y catedrático universitario, a los 18 años se aficionó al teatro, conoce a Valle-Inclán y trabaja en la parte de los verbos en el Diccionario de ideas afines, lo que lo acerca mucho al idioma y las letras.

A los 24 años, en 1899 fue contratado como traductor por la editorial Garnier y se traslada a París, junto a su hermano, el ya reconocido poeta, Manuel. Regresa a España y se gradúa de bachiller, sin abandonar el teatro.

En 1902 conoce a Rubén Darío y a Juan Ramón Jiménez y en 1909 casa con Leonor izquierdo de 15 años, él contaba con 34. Dos años después su mujer muere y en medio de la depresión continua sus estudios, y afianza su contacto con Miguel de Unamuno, en 1917 conoce a Federico García Lorca, con quien hace estrecha amistad y lo influye decisivamente en su producción.

En 1903 había publicado *Soledades*, en 1907 *Soledades, galerías y otros poemas*, en 1912, *Campos de Castilla*, donde pone distancia con algunos rasgos modernistas y se acerca a las inquietudes patrióticas de los poetas de la generación del 98, en 1924 *Nuevas canciones*, en 1937 publica *La guerra*.

Muere en 1939 y es expulsado *post mortem*, del cuerpo de catedráticos del Instituto Cervantes.

De su obra extensa, escogimos cuatro poemas, en los cuales se advierte el dejo melancólico de sus predecesores del romanticismo, una inclinación al reto de las palabras largas y su manejo del ritmo, al igual que su predilección por la estrofa de cuatro versos, con rima intercalada

Acaso

Como atento no más a mi quimera A
no reparaba en torno mío, un día B
me sorprendió la fértil primavera A
que en todo el ancho campo sonreía. B

Brotaban verdes hojas C
de las hinchadas yemas del ramaje, D
y flores amarillas, blancas, rojas, C
alegraban la mancha del paisaje. D

Y era una lluvia de saetas de oro, E
el sol sobre las frondas juveniles; F
del amplio río en el caudal sonoro E
se miraban los álamos gentiles. F

Tras de tanto camino es la primera A
vez que miro brotar la primavera, A
dije, y después, declamatoriamente: G

— ¡Cuán tarde ya para la dicha mía!— B
Y luego, al caminar, como quien siente G
alas de otra ilusión: —Y todavía B
¡yo alcanzaré mi juventud un día! B

Los versos endecasílabos como los del poema transcrito son una herencia del italiano, introducidos exitosamente al español por Garcilaso de la Vega a principios del siglo XVI en pleno Renacimiento. Es un endecasílabo propio, toda vez que el acento obligatorio en la décima sílaba, también se encuentra en la sexta.

Antonio Machado reta, con alguna frecuencia y mucha audacia, el mito de la palabra extensa que compromete el ritmo, precisamente en el poema precedente, el término “declamatoriamente”, de siete sílabas, campea sin que a nadie estorbe, mucho menos al autor que al contrario llenó de la musicalidad que quiso. “declamatoriamente” es una palabra de siete sílabas, y no muchos los poetas osan utilizar términos tan extensos.

En otro de sus poemas, *Al gran acero*, vuelve a retar las dificultades de la palabra extensa:

Ya sin color, desubstanciado y frío

El uso de términos extensos es infrecuente en los poetas del 27, que prefirieron la palabra corta, por ser rítmicamente más ajustable, como se aprecia en García Lorca y en el mismo Rafael Alberti, escogido para este ensayo. La palabra corta hace parte sustancial de los romances, que en octosílabos escribieron con profusión los representantes de la generación del 27, seguramente bajo la influencia de García Lorca.

El romance merecería una sección especial, porque el viejo romancero español se reinventa cíclicamente y hace parte del modernismo, ungiendo con la inmortalidad a varios de sus representantes, nuevos descubridores de las posibilidades histriónicas y declamatorias del romance.

El romance, de uso habitual en fiestas, tertulias y festejos, hoy está de capa caída y es objeto del menosprecio de los adoradores del versolibrismo, que lo tildan de arcaico y encadenado a formalismos métricos. Críticas que se escuchan más por moda que por argumentos. El romance sobrevive como especie en extinción en pocos bares y cafés de vieja bohemia.

Los romances de Machado, en octosílabos, están llenos de mucha musicalidad, solo superados, si en poesía puede ser superado un verso bueno por otro, por García Lorca y Alberti en la generación siguiente. Veamos el siguiente:

Anoche cuando dormía...

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que una fontana fluía
dentro de mi corazón.

Di, ¿por qué acequia escondida,
agua, vienes hasta mí,
manantial de nueva vida
de donde nunca bebí?

Anoche cuando dormía

soñé, ¡bendita ilusión!,
que una colmena tenía
dentro de mi corazón...

En sus poemas se evidencia la melancolía, el ritmo es impecable y la rima intercalada. Aquí vale la pena destacar la inclinación de los primeros representantes del modernismo hacia el limón y lo verde: limón, verde, amarillo, lima, limonaria, también luna, lunita, lunera, lunada atraen a Machado tanto como a García Lorca, sus referencias y los tropos, metáforas, hipérboles, símiles, son frecuentes con estos dos elementos.

El ritmo por su parte, adquiere tonalidades parecidas en los romances octosílabos de los tres poetas, es un ritmo que se apoya en una rima sutilmente ingenua y libre, sin encasillarse en estrofas en algunos de sus poemas como Canciones a Guiomar, nombre con el cual Machado bautiza a Pilar Valderrama, dama prohibida por casada, que le inspiró en muchos de sus versos.

Canciones a Guiomar

1. No sabía
si era un limón amarillo
lo que tu mano tenía,
o un hilo del claro día,
Guiomar, en dorado ovillo.
Tu boca me sonreía.
Yo pregunté: ¿qué me ofreces?
¿Tiempo en fruto, que tu mano
eligió entre maduresces
de tu huerta?
¿Tiempo vano
de una bella tarde yerta?
¿Dorada ausencia encantada?
¿Copia en el agua dormida?
¿De monte en monte encendida,
la alborada
verdadera?
¿Rompe en sus turbios espejos
amor la devanadera
de sus crepúsculos viejos?

A un olmo seco

Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo,
algunas hojas verdes le han salido.

Antes que te derribe, olmo del Duero,
con su hacha el leñador, y el carpintero
te convierta en melena de campana,
lanza de carro o yugo de carreta;

antes que, rojo en el hogar, mañana
ardas, de alguna mísera caseta
al borde de un camino;
antes que te descuaje un torbellino
y tronche el soplo de las sierras blancas;
antes que el río hacia la mar te empuje,
por valles y barrancas,
olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.

Mi corazón espera
también hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.

Yo escucho los cantos...

Yo escucho los cantos
de viejas cadencias,
que los niños cantan
cuando en corro juegan,
y vierten en coro
sus almas que sueñan,
cual vierten sus aguas
las fuentes de piedra:
con monotonías
de risas eternas,
que no son alegres;
con lágrimas viejas,
que no son amargas,
y dicen tristezas,
tristezas de amores
de antiguas leyendas...

- ¿Percibieron la melancolía?

Rafael Alberti

Poeta y dramaturgo modernista de la generación del 27, que nació en Cádiz en 1902.

Obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1925 y el Premio Cervantes en 1983. Fue activista política con orientaciones comunistas en el período de la guerra civil española y vivió en exilio hasta 1977. Su muerte se produjo en Madrid en 1999.

En Alberti se percibe una musicalidad que acerca al infinito, entrelaza la palabra, la enreda y la suelta en imágenes que enamoraron a los lectores de su tiempo y a sus

lectores de ahora. Tiene igual, mucho de García Lorca que hizo versos de abracadabra, recogidos en el estilo por Alberti.

El ángel ángel

Y el mar fue y le dio un nombre
y un apellido el viento
y las nubes un cuerpo
y un alma el fuego.
La tierra, nada.
Ese reino movable,
colgado de las águilas,
no la conoce.
Nunca escribió su sombra
la figura de un hombre.

El ángel de arena

Seramente, en tus ojos era la mar dos niños que me espiaban,
temerosos de lazos y palabras duras.
Dos niños de la noche, terribles, expulsados del cielo,
cuya infancia era un robo de barcos y un crimen de soles y de lunas.

Duérmete. Ciérralos.

Vi que el mar verdadero era un muchacho que saltaba desnudo,
invitándome a un plato de estrellas y a un reposo de algas.
¡Sí, sí! Ya mi vida iba a ser, ya lo era, litoral desprendido.
Pero tú, despertando, me hundiste en tus ojos.

Los poemas de Alberti, tienen rima, sin importar la métrica, y mantienen la vertiginosidad del ritmo que le caracteriza, como en el precedente y los que vienen:

El ángel bueno

Un año, ya dormido,
alguien que no esperaba
se paró en mi ventana.

¡Levántate! Y mis ojos
vieron plumas y espadas.

Atrás montes y mares,
nubes, picos y alas,
los ocasos, las albas.

«¡Mírala ahí! Su sueño,
pendiente de la nada.

¡Oh anhelo, fijo mármol,
fija luz, fijas aguas
movibles de mi alma!

Alguien dijo: ¡Levántate!
Y me encontré en tu estancia.

El ángel de los números

Vírgenes con escuadras
y compases, velando
las celestes pizarras.
Y el ángel de los números,
pensativo, volando del 1 al 2, del 2
al 3, del 3 al 4.
Tizas frías y esponjas
rayaban y borraban
la luz de los espacios.
Ni sol, luna, ni estrellas,
ni el repentino verde
del rayo y el relámpago,
ni el aire. Sólo nieblas.
Vírgenes sin escuadras,
sin compases, llorando.
Y en las muertas pizarras
el ángel de los números,
sin vida, amortajado
sobre el 1 y el 2,
sobre el 3, sobre el 4...

El ángel del carbón

Feo, de hollín y fango.
¡No verte!

Antes, de nieve, áureo,
en trineo por mi alma.
Cuajados pinos. Pendientes.

Y ahora por las cocheras,
de carbón, sucio.

¡Te lleven!

Por los desvanes de los sueños rotos.
Telarañas. Polillas. Polvo.
¡Te condenen!

Tiznados por tus manos,
mis muebles, mis paredes.

En todo,
tu estampado recuerdo
de tinta negra y barro.
¡Te quemen!

Amor, pulpo de sombra,
malo.

Si mi voz muriera en tierra...

Si mi voz muriera en tierra
llevadla al nivel del mar
y dejadla en la ribera.
Llevadla al nivel del mar
y nombradla capitana
de un blanco bajel de guerra.
Oh mi voz condecorada
con la insignia marinera:
sobre el corazón un ancla
y sobre el ancla una estrella
y sobre la estrella el viento
y sobre el viento una vela!

El cuerpo deshabitado

Yo te arrojé de mi cuerpo,
yo, con un carbón ardiendo.

-Vete.

Madrugada.
La luz, muerta en las esquinas
y en las casas.
Los hombres y las mujeres
ya no estaban.

-Vete.

Quedó mi cuerpo vacío,
negro saco, a la ventana.

Se fue.

Se fue, doblando las calles.
Mi cuerpo anduvo, sin nadie.

Guerra a la guerra por la guerra. Vente...

Guerra a la guerra por la guerra. Vente.
Vuelve la espalda. El mar. Abre la boca.
Contra una mina una sirena choca
Y un arcángel se hunde, indiferente.

Tiempo de fuego. Adiós. Urgentemente.
Cierra los ojos. Es el monte. Toca.
Saltan las cumbres salpicando roca
Y un arcángel se hunde, indiferente.

¿Dinamita a la luna también? Vamos.
Muerte a la muerte por la muerte: guerra.
En verdad, piensa el toro, el mundo es bello

Encendidos están, amor, los ramos.
Abre la boca. (El mar. El monte.) Cierra
Los ojos y desátate el cabello.

Los siguientes haikus forman parte del espíritu excursionista de Alberti, que escudriña estilos, y que agregamos a la antología, porque en ellos sigue percibiéndose la armonía del ritmo en la oscuridad del mensaje, propio de los modernistas.

Paraíso perdido

(Haikus)

35
Silencio. Más silencio.
Inmóviles los pulsos
del sinfín de la noche.

45
¡Oh boquete de sombras!
¡Hervidero del mundo!
¡Qué confusión de siglos!

5

Sola,
sin muebles y sin alcobas,
deshabitada.

9

Alma en pena:
el resplandor sin vida,
tu derrota.

11

Ángeles buenos o malos,
que no sé,
te arrojaron a mi alma.

16

¡Paraíso perdido!
Perdido por buscarte,
yo, sin luz para siempre.

25

A través de los siglos,
por la nada del mundo,
yo, sin sueño, buscándote.

10

Ciudades sin respuesta,
ríos sin habla, cumbres
sin ecos, mares mudos.